CAPÍTULO VI.

Lope de Rueda.

Cortos eran los progresos que en el primer tercio del siglo XVI habia hecho nuestra poesía dramática, segun se ha podido ver en lo que va dicho ahora. Tórres Naharro, casi desconocido, podia reputarse como un escritor extranjero que por de pronto no tuvo influencia alguna en esta clase de literatura; y el teatro español se hallaba todavía realmente sin crear, cuando apareció Lope de Rueda que es á quien debe apellidarse su verdadero padre.

Lope de Rueda nació en Sevilla á principios del siglo XVI, y ejercitó primero el oficio de batidor de oro; pero llevado de su aficion á representar, abandonó ese modo de vivir, y se hizo cómico y autor de comedias: formó una compañía de la cual era el alma, y con ella recorrió las principales poblaciones de España, recogiendo en todas numerosos aplausos; como despues sucedió en Francia al célebre Molière. Cervántes y Antonio Pérez, que le vieron representar, hacen de él grandes elogios. Floreció desde el año 1544, en que se dió á conocer, hasta el de 1567 en que probablemente falleceria. Su muerte ocurrió en Córdoba; y una prueba del aprecio en que se le tuvo, aun por las clases ménos afectas á su profesion, es que el cabildo de aquella catedral mandó se le enterrase entre los dos coros. Siglo y medio despues, y en época y en nacion que se decian mas ilustradas, se negaba la sepultura al gran poeta frances que mas arriba hemos citado.

De Lope de Rueda se conservan cuatro comedias, siete pasos, todo en prosa, dos coloquios tambien en prosa, y otro en verso. En esta última forma compuso muchos, pero se han perdido, debiéndose la conservacion de aquellas obras á Juan de Timoneda, amigo del autor, que las recogió y publicó en Valencia en 1567.

Las obras de Lope de Rueda son de tres clases. Coloquios entre pastores, á la manera de las églogas de Juan del Encina, escenas cortas que él llamaba pasos entre pajes, rufianes, matones y otros personajes que Lope representaba con suma perfeccion; y verdaderas comedias en que con mas ó ménos perfeccion se desenvolvia un argumento, á veces complicado. En esto se ven los progresos que en manos de este escritor hizo nuestra escena. Empezó tomando el teatro en el estado en que lo dejara Juan del Encina, y en el que le tenian los farsantes de su tiempo; pero adquirió despues mas alta idea de su arte, ora con el estudio de *la Celestina* que inflamaria su talento, ora con la lectura de las comedias de Tórres Naharro que no podrian ménos de caer en sus manos. Por una parte parecen estas haber sido el modelo de las suyas, puesto que pertenecem al mismo género novelesco, y están mezcladas en ellas las escenas sérias y jocosas; por otra no puede ménos de haber ejercido en él algun influjo *la Celestina*, por cuanto introdujo la novedad de escribir las comedias en prosa, sin embargo de que era buen poeta. Tambien prueban sus composiciones que hubo de mejorar la parte material del teatro, puesto que una de ellas es comedia de

magia que, aunque pobre en esta parte, no hubiera podido ejecutarse permaneciendo la escena en el estado en que la pinta Cervántes.

Creemos no poder dar una idea mas completa del mérito de este autor que copiando aquí el resúmen que don Alberto Lista hace de sus buenas prendas y de sus defectos. « Vemos, dice, primero, que conservó al drama de cierta extension el carácter novelesco, impreso por Tórres Naharro: segundo, que mejoró notablemente é hizo progresos muy apreciables en la descripcion de los caractéres, bien que la mayor parte de los vicios que censuró eran los de la gente valadí: tercero, que introdujo la notable innovacion de escribir las comedias en prosa, en lo cual no fué imitado sino de muy pocos de sus sucesores: cuarto, que inventó la comedia de magia, lo que seguramente citamos como un hecho histórico, pero no como una parte de su elogio: quinto, que era excelente poeta, y que sabia pintar y escribir en verso tambien como en prosa: sexto y último, que fué el padre de la lengua; prescindiendo de sus sales y gracias cómicas y de la viveza de su diálogo, por la pureza y correccion sostenida de su frase, por la verdad de la expresion que siempre se nota en ella, y por la armonía y fluidez de su estilo; dotes en que antecedió al inmortal Cervántes, en tiempo, no en mérito. Solo añadiremos, en obsequio de la verdad, que Lope de Rueda, aunque mucho mas casto y urbano que Tórres Naharro, no siempre es tan limpio como la moral y el decoro exigen. Tal vez es obsceno y grosero, no solo en las expresiones, sino tambien en el pensamiento: defectos de que poco á poco se fué purgando nuestro teatro, aunque nunca llegó á estarlo completamente hasta el último tercio del siglo XVIII. »

Aunque hallaríamos en las comedias de Rueda muchos trozos dignos tde citarse, lo haremos solo del *Paso de las aceitunas*, y con eso se verá al propio tiempo lo que eran estos coloquios que tanto ocupaban entónces la escena española.

LAS ACEITUNAS — PASO.

Personas.

TORUBIO, simple, viejo. ÁGUEDA DE TORUÉGANO, su mujer. MENCIGÜELA su hija. ALOJA, vecino.

(Calle de un lugar.)

Torubio. ¡Válgame Dios, y qué tempestad ha hecho desde el resquebrajo del monte acá, que no parescia sino que el cielo se queria hundir y las nubes venir abajo! Pues decí agora que os terná aparejado do comer la señora de mi mujer, así mala rabia la mate. ¿Oislo? ¡mochacha! ¡Mencigüela! ¡Si todos duermen en Zamora! ¡Águeda de Toruégano! ¿oislo?

Mencigüela. ¡Jesus, padre! y habeisnos de quebrar las puertas.

Torubio. Mira que pico, mira que pico, ¿y adóde está vuestra madre, señora?

Mencigüela. Allá está en casa de la vecina, que le ha ido á ayudar á cocer unas madejillas.

Torubio. Malas madejillas vengan por ella y por vos : andad y llamadla.

Águeda. Ya, ya, el de los misterios : ya viene de hacer una negra carguilla de leña; que no hay quien se averigüe con él.

Torubio. Sí; carguilla de leña le paresce á la señora; pero al cielo de Dios, que éramos yo y vuestro ahijado á cargalla, y no podíamos.

Águeda. Ya, noramala sea, marido; ¡y qué mojado que venís!

Torubio. Vengo hecho una sopa de agua, mujer : por vida vuestra que me deis algo que cenar.

Águeda. ¿Yo qué diablos os tengo de dar, si no tengo cosa ninguna?

Mencigüela. ¡Jesus, padre, y qué mojada que venia aquella leña!

Torubio. Sí, despues dirá tu madre que es el alba.

Águeda. Corre, mochacha, aderézale un par de huevos para que cene tu padre, y hazle luego la cama; y os aseguro, marido, que nunca se os acordó de plantar aquel renuevo de aceitunas que rogué que plantásedes.

Torubio. ¿Pues en qué me he detenido sino en plantalle, como me rogaste?

Águeda. Calla, marido, ¿y dónde le plantaste?

Torubio. Allí junto á la higuera breval, adónde si se os acuerda os dí un beso.

Mencigüela. Padre, bien puede entrar á cenar, que ya está aderezado todo.

Águeda. Marido, ¿no sabeis qué he pensado? Que aquel renuevo de aceitunas que plantastes hoy, que de aquí á seis ó siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceitunas, y que poniendo plantas allá y plantas acullá, de aquí á veinticinco ó treinta años terneis un olivar hecho y derecho.

Torubio. Eso es la verdad, mujer, que no puede dejar de ser lucido.

Agueda. Mira, marido, ¿sabeis qué he pensado? Que yo cogeré el aceituna, y vos la acarrearéis con el asnillo, y Mencigüela la venderá en la plaza; y mira, mochacha, que te mando que no las des ménos el celemin de á dos reales castellanos.

Torubio. ¿Cómo á dos reales castellanos? No veis que es cargo de conciencia, y nos llevará el almotacen cad'al dia la pena? que basta pedir á catorce ó quince dineros por celemin.

Águeda. Callad, marido, qu'es el vidueño de la casta de los de Córdoba.

Torubio. Pues aunque sea de la casta de los de Córdoba, basta pedir lo que tengo dicho.

Águeda. Hora no me quebreis la cabeza : mira mochacha, que te mando que no las des ménos el celemin de á dos reales castellanos.

Torubio. ¿Cómo á dos reales castellanos? Ven acá, mochacha, ¿á cómo has de pedir?

Mencigüela. Á como quisiéredes, padre.

Torubio. Á catorce ó quince dineros.

Mencigüela. Así lo haré, padre.

Águeda ¿Cómo así lo haré, padre? Ven acá mochacha, ¿á cómo has de pedir?

Mencigüela. Á como mandáredes, madre.

Águeda. Á dos reales castellanos.

Torubio. ¿Cómo á dos reales castellanos? Y'os prometo que si no haceis lo que y'os mando, que os tengo de dar mas de doscientos correazos. ¿Á cómo has de pedir?

Mencigüela. Á como decís vos, padre.

Torubio. Á catorce ó quince dineros.

Mencigüela. Así lo haré, padre.

Águeda. ¿Cómo así lo haré, padre? Toma, toma, hace lo que y'os mando.

Torubio. Dejad la mochacha.

Mencigüela. ¡Ay madre! ¡ay padre! que me mata.

Aloja. ¿Qué es eso, vecinos? ¿Por qué maltratais así la mochacha?

Águeda. ¡Ay señor! este mal hombre que me quiere dar las cosas á ménos precio, y quiere echar á perder mi casa, unas aceitunas que son como nueces.

Torubio. Yo juro á los huesos de mi linaje, que no son ni aun como piñones.

Águeda. Sí son.

Torubio. No son.

Aloja. Hora, señora vecina, hacéme tamaño placer que os entreis allá dentro, que yo lo averiguaré todo.

Águeda. Averigüe ó póngase todo del quebranto.

Aloja. Señor vecino, ¿qué son las aceitunas? Sacadlas acá fuera, que yo las compraré aunque sean veinte hanegas.

Torubio. ¡Qué! no señor, que no es de esa manera que vuesa merced se piensa, que no están las aceitunas aquí en casa, sino en la heredad.

Aloja. Pues traeldas aquí que y'os las compraré todas al precio que justo fuere.

Mencigüela. Á dos reales quiere mi madre que se vendan el celemin.

Aloja. Cara cosa es esa.

Torubio. ¿No le parece á vuesa merced?

Mencigüela. Y mi padre á quince dineros.

Aloja. Tenga yo una muestra dellas.

Torubio. Válgame Dios, señor, vuestra merced no me quiere entender. Hoy he yo plantado un renuevo de aceitunas, y dice mi mujer que de aquí á seis ó siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceituna, y que ella la cogeria : y que yo la acarrease, y la mochacha la vendiese; y que á fuerza de drecho habia de pedir á dos reales por cada celemin : yo que no, y ella que sí, y sobre esto ha sido la quistion.

Aloja. ¡Oh qué graciosa quistion! Nunca tal se ha visto : las aceitunas no están plantadas, ¿y ha llevado la mochacha tarea sobre ellas?

Mencigüela. ¿Qué le paresce, señor?

Torubio. No llores, rapaza : la mochacha, señor, es como un oro. Hora andad, hija, y ponedme la mesa que y'os prometo hacer un sayuelo de las primeras aceitunas que se vendieren.

Aloja. Hora andad, vecino, entraos allá dentro y tené paz con vuestra mujer.

Torubio. Adios, señor.

Aloja. Hora por cierto, que cosas vemos en esta vida, que ponen espanto. Las aceitunas no están plantadas, y ya las habemos visto reñidas.

Al leer este coloquio, no faltará quien exclame : ¡con qué cosas tan simples se divertian nuestros abuelos! Cierto es que tanta sencillez no podria ahora sostenerse en el teatro; pero ¿no vale acaso mas que las complicadas y absurdas tramas que en él suelen aparecer, y anuncian la decadencia del arte, si aquel paso y sus semejantes, manifiestan su infancia? Al ménos obsérvese cuánto partido ha sacado el autor de tan sencillísima idea : ¡qué bien presentada está la situacion! ¡qué bien manejado el diálogo! ¡qué golpes tan felices; y sobre todo, qué perfeccion en el lenguaje! Ese sencillísimo apólogo, que tal se le puede llamar, no sufriria hoy, á la verdad, la prueba de la escena, pero no puede ménos de agradar en la lectura; y verdaderamente, causa admiracion que un artesano, sin ninguna clase de estudios, guiado solo de su natural ingenio, llegase á escribir de una manera tan perfecta, y diese impulso al teatro que tantos autores eruditos no habian podido levantar de la nada con el estudio é imitacion de los antiguos. Pero el teatro español se formaba solo para el pueblo, y hombre del pueblo habia de ser su padre.

Pocos son los versos que nos quedan de Lope de Rueda; pero por ellos se ve comprobado el dicho de Cervántes de que era buen poeta. Solo citaremos los siguientes que tienen mucha dulzura.

Anday, mi branco ganado,
Por la frondosa ribera :
No vais tan alborotado :
Seguid hácia la ladera
De este tan ameno prado.
Gozad la fresca mañana,
Llena de cien mil olores .
Paced las floridas flores
De las selvas de Diana
Por los colladas y alcores.

CAPÍTULO VII.

Del teatro despues de Lope de Rueda.

Desde que apareció Lope de Rueda, empezó el teatro español á florecer, y despues de él fué cada dia cobrando nuevas fuerzas y caminando

rápidamente hácia su perfeccion. El impulso estaba dado, la senda señalada; todos se lanzaron por ella.

Hé aquí cómo Cervántes pinta sus inmediatos progresos. « Sucedió á Lope de Rueda, Navarro, natural de Toledo, el cual fué famoso en hacer la figura de rufian cobarde. Este levantó algun tanto mas el adorno de las comedias, y mudó el costal de vestidos en cofres baúles. Sacó la música, que ántes cantaba detras de la manta, al teatro público, quitó las barbas de los farsantes, que hasta entónces ninguno representaba sin barba postiza; é hizo que todos representasen á cureña rasa, sino era los que habian de representar los viejos, ú otras figuras que pidiesen mudanza de rostro. Inventó tramoyas, nubes truenos y relámpagos, desafíos y batallas. »

Y Agustin de Rójas, en su *Viaje entretenido*, entrando en mas pormenores dice :

Despues de esto,
Se usaron otras sin estas
De moros y de cristianos
Con ropas y tunicelas .
Estas empezó Berrío.
Luego los demás poetas
Metieron figuras graves,
Como son reyes y reinas.
Fué el autor primero de esto
El noble Juan de la Cueva :
Hizo del *Padre tirano*,
Como sabeis dos comedias;
Sus *Tratos de Argel* Cervántes,
Hizo el comendado Vega
Sus *Lauras* y el *Bello Adonis*
Don Francisco de la Cueva;
Loyola aquella de Audalla,
Que todas fueron muy buenas
Y ya en este tiempo usaban
Cantar romances y letras,
Y esto cantaban dos ciegos
Naturales de sus tierras :
Hacian cuatro jornadas,
Tres entremeses en ellas,
Y al fin con un bailecito
Iba la gente contenta.
Pasó este tiempo; vino otro;
Subieron á mas alteza;
Las cosas ya iban mejor :
Hizo entónces Artieda
Sus *Encantos de Merlin*,
Y Lupercio sus tragedias;
Virués hizo su *Semíramis*
Valerosa en paz y en guerra;
Morales su *Conde loco*
Y otras muchas sin aquestas.
Hacian versos hinchados;
Ya usaban sayos de tela,
De raso, de terciopelo,
Y algunos medias de seda :